

aspecto de las buques, se quedaron los indios mudos de estupor y asombro; pero así que los españoles quisieron aproximarseles, saltaron ligeramente en tierra y se internaron en los bosques. Al cabo de un instante volvieron, trayendo consigo diez y seis doncellas que embarcaron en las canoas y condujeron á bordo de los bajeles, dejando cuatro en cada uno, como ofertas de paz, ó presente de amistad y confianza. De este modo quedó establecida entre indios y españoles la mejor armonía; y los naturales acudieron en gran número, unos en sus canoas y otros nadando, á satisfacer su curiosidad, alrededor de las naves.

Sin embargo, la amistad de los salvajes era una estratagemá, porque de repente algunas viejas empezaron á dar gritos espantosos á la puerta de su casa, arrancándose los cabellos y haciendo ademanes extravagantes. Esta era sin duda la señal para romper las hostilidades. Las diez y seis ninfas se arrojaron al agua, nadando hácia la orilla; los indios, que estaban en las canoas, tomaron sus arcos dispararon una nube de flechas sobre los españoles, que se quedaron sorprendidos al ver tan brusco é inesperado ataque; los que nadaban alrededor de las embarcaciones, arrojaban dardos y lanzas, que habian ocultado debajo del agua.

Ojeda titubeó un momento, notando que hasta el agua hacia armas contra él; pero se repuso luego mandando aprestar sus lanchas, cargó con furia sobre el grueso de los enemigos, destrozó y echó á pique varias canoas, mató veinte indios, hirió muchos mas, y esparció tal terror pánico, que los que quedaban vivos, se arrojaron al mar y ganaron la orilla á nado. Tres de ellos y dos de las muchachas cayeron en manos de los españoles, que los condujeron á bordo y cargaron de cadenas; pero con todo, uno y las dos muchachas, hallaron modo de escaparse aquella misma noche.

Cinco hombres tuvo Ojeda fuera de combate; mas ninguno pereció. Reconoció las casas; las halló abandonadas y vacias de todo; mas á pesar de la hostilidad inmotivada de los habitantes, respetó los edificios para no causar una irritacion inútil en toda la costa.

Signió explorando el golfo, y encontró un puerto seguro, al que dió el nombre de San Bartolomé, que se supone ser el mismo conocido hoy con el nombre de Maracaibo, que es como lo llamaban los indios. Allí accediendo á las súplicas de los naturales, destacó veinte y siete hombres para que reconociesen el interior. Por espacio de nueve dias fueron conducidos de pueblo en pueblo, festejados, agasajados y casi divinizados por los indios, que los miraban como unos seres sobrehumanos descendidos del cielo; bailaban á su rededor las danzas del país con la mayor destreza y agilidad, y cantaban sus baladas tradicionales para entretenerlos y divertirlos.

Los naturales de aquel país se hacian notar por la hermosa proporcion y simetría de sus formas; las mujeres sobre todo, en concepto de los españoles, sobrepujaban en gracia y hermosura á todas las que habian visto hasta entonces en el Nuevo Mundo. Los hombres no manifestaban el carácter zeloso y suspicaz de los demás habitantes de la costa; al contrario, permitian á los extranjeros tratar con franqueza é intimidad á sus mujeres é hijas.

Así que los españoles trataron de reembarcarse, el país en masa se esforzó en agasajarlos: hombres y mujeres querian honrarlos, cada uno á su manera. Unos preparaban literas y hamacas para conducirlos y que no se cansasen en el camino, considerándose muy feliz el indio que obtenia de un español permiso para llevarle sobre sus hombros y pasar con él el rio. Otros venian cargados de presentes que habian recogido en sus chozas, y consistian en requi-

simas plumas, armas de varias clases, pájaros y animales del trópico. De este modo volvieron los españoles en triunfante procesion á sus bajeles, mientras que los bosques y las orillas resonaban con cántidos y gritos en su alabanza.

Muchos de los indios se metieron en tropel en las lanchas que habian venido á tierra; otros se embarcaban en canoas, ó se arrojaban á nado: así que, en pocos minutos los buques se trajeron sobrecargados con mas de mil de aquellos maravillados salvajes.

Para aumentar su asombro, mandó Ojeda disparar un cañonazo, cuyo sonido, segun dice Vespucio, «hizo que los indios se arrojasen al mar, como los sapos á una laguna.» Mas luego que vieron que esto no se habia hecho con intencion de ofenderles, volvieron á bordo y pasaron el resto del dia con grande algazara. Los españoles se trajeron consigo algunas de aquellas hermosísimas y hospitalarias mujeres; una de las cuales, á quien dieron por nombre Isabel, se captó el amor de Ojeda; y le acompañó en su siguiente viaje (1).

#### CAPITULO V.

Prosigue su viaje.—Vuelta á España.

Al abandonar Ojeda el hospitalario puerto de Coquibacoa, continuó costeano hácia el Oeste de Venezuela, y despues de doblar el cabo de Maracaibo, prosiguió su viaje puerto por puerto, promontorio por promontorio, hasta que llegó á una larga y estrecha lengua de tierra, llamada cabo de la Vela.

El estado de sus buques, ó quizás el ver que sus esperanzas le salian fallidas, porque no hallabalos medios de enriquecerse con prontitud como habia pensado, le indujeron entonces á abandonar las costas, y cambiando de rumbo, se dirigió al mar Caribe en busca de la Española. Segun las órdenes recibidas, le estaba prohibido visitar esta isla; pero Ojeda no era hombre que retrocedia fácilmente ante esta clase de obstáculos: los pequeños cuando su interés ó sus inclinaciones le estimulaban á vencerlos. Procuró disculpar la infraccion de las órdenes que tenia, con el especioso pretexto del mal estado de sus naves, las cuales necesitaba carenar y reparar, y tambien con el de procurarse provisiones. Su verdadero objeto es de suponer fuese cortar palo de tinte, que abunda en la parte occidental de la Española.

Ancló en Yaquimo y saltó en tierra, acompañado de una gran parte de los suyos. Colon, que gobernaba la isla, luego que supo la llegada de aquellos intrusos, despachó á Francisco Roldan, el rebelde de otro tiempo para que pidiese cuentas á Ojeda sobre el hecho. La lucha de estratagemas y artificios que se trabó entre estos dos sagaces y osados aventureros, ha

(1) Navarrete, tom. III, pág. 8. Idem, pág. 107 y 108.

Es digna de particular mencion la circunstancia de que Ojeda en la relacion que hizo de su viaje, al rey le informó de un encuentro que hubo con viajeros ingleses cerca de Coquibacoa. El gobierno español dió tanta importancia á la noticia, que adoptó varias medidas para evitar la intrusion de los ingleses en aquellos parajes. Es singular que no exista memoria alguna acerca de esta primitiva y extensa expedicion de navegantes ingleses; si se hubiera emprendido en servicio de la corona, se habria encontrado algun documento concerniente á ella en los archivos del reinado de Enrique VII. Los ingleses habian descubierto ya el continente de la América del Norte, descubrimiento hecho en 1497 por Juan Cabot, veneciano, acompañado de su hijo Sebastian, natural de Bristol. Estos navegaban con licencia de Enrique VII, á quien debian pagar el quinto de los productos de su viaje, y el 24 de junio descubrieron á Terra-nova, despues de lo cual costearon el continente hasta la Florida, volviendo á Inglaterra con un rico cargamento y varios indigenas. Este fue el primer descubrimiento del continente de América; y acaso el buen éxito de la expedicion de Cabot dió origen á la que encontró Ojeda en las cercanias de Coquibacoa.

sido ya descrita minuciosamente en la historia de Colon. Por entonces Roldan quedó victorioso, y Ojeda tuvo que abandonar la Española, reducido á andar vagando por las islas contiguas, de donde se llevó gran número de habitantes. Llegó por fin á Cádiz en junio de 1500, cargado de cautivos que vendió como esclavos.

Tan pobre fue el resultado de la expedicion, que, segun se dijo, despues de cubiertos todos los gastos,

no quedaron mas que 500 ducados que repartir entre cincuenta y cinco aventureros. Contribuyó á hacer aparecer este resultado mucho mas pobre y sensible, el que una pequeña expedicion que habia salido despues de Ojeda, volvió dos meses antes que él, rica con los despojos del Nuevo Mundo.

Preciso es referir, aunque ligeramente, aquella expedicion, para no interrumpir esta serie de empresas subalternas.

## PEDRO ALONSO NIÑO,

### CRISTÓBAL GUERRA.

(1499)

El permiso concedido por el obispo Fonseca á Alonso de Ojeda para hacer una expedicion particular al Nuevo Mundo, despertó la emulacion de otros compañeros de Colon. Entre ellos se cuenta á Pedro Alonso Niño, atrevido marino, natural de Moguer, cerca de cabo de Palos, á quien Colon habia llevado de piloto en su primer viaje, y durante sus cruceros por las costas de Cuba y Pária. (1) Pronto obtuvo un permiso igual al que habia obtenido Ojeda, y como él, se procuró los medios de embarque entre algunos ricos negociantes de Sevilla. Uno de estos, llamado Luis Guerra, prometió armar una carabela: pero con la condicion, de que su hermano Cristóbal Guerra la habia de mandar. La pobreza de Niño le obligó á condescender en todo lo que quiso exigirle el negociante, y se hizo á la mar, como subalterno, en una expedicion promovida por él; pero sus conocimientos marítimos y su inteligencia pronto le colocaron en el primer lugar: él era el capitán de hecho, y últimamente se llevó toda la gloria de aquel viaje. La embarcacion no tenia mas que cincuenta toneladas de porte, y estaba tripulada con solo treinta y tres hombres; mas los aventureros, sin cuidarse de lo escaso del armamento, emprendieron una larga y peligrosa travesía por mares desconocidos, para explorar los países salvajes de aquel vasto continente, recientemente descubierto por Colon; tal era la intrepidez de los marinos españoles en aquella época.

A principios de junio de 1499, y algunos dias despues de la salida de Ojeda, zarparon del pequeño puerto de Palos, cuna de los descubrimientos del Nuevo Mundo y cuyos hábiles y valientes marinos continuaron sobresaliendo en todas las expediciones dirigidas á las Indias. Guiados por las cartas marítimas de Colon, siguieron su derrotero, llegando al continente del Sur, un poco mas allá de Pária, como unos quince dias despues de haber sido visitada esta costa por Ojeda.

Desde allí navegaron hácia el golfo de Pária, bajaron á tierra para cortar maderas de tinte y fueron tratados amistosamente por los naturales. Poco tiempo despues, saliendo del golfo por la boca del Dragon, hallaron diez y ocho canoas de caribes, piratas y ladrones de aquellos mares, terror de los países circunvecinos. Esta escuadra salvaje, en lugar de sobrecojerse á la vista de un buque europeo, cuyas hinchadas velas le daban la apariencia de un alado monstruo marino, lo consideraron solo como un objeto de pillaje

y lo asaltaron con una lluvia de flechas. El estruendo repentino del cañon y la horrible carnicería que causó entre los salvajes los llenó de terror y los obligó á huir en todos direcciones. Sin embargo, los españoles lograron apresar una canoa, con el guerrero que la conducia. En el fondo habia un infeliz prisionero, atado de piés y manos; pusieronle en libertad; y él se explicó por medio de señas, dando á entender, que los caribes venian de una expedicion á las islas contiguas, en donde habian robado y saqueado á su placer, encerrándose de noche en una estacada que traian al efecto, y saliendo de dia á robar las poblaciones y hacer prisioneros. El quedaba únicamente de siete que eran; sus compañeros habian sido devorados á su vista en los banquetes abominables de sus enemigos; y á él le esperaba la misma desgraciada suerte. El honrado Niño y sus compañeros se indignaron tanto oyendo aquella narracion, que acordaron creyendo que ejercian así un acto de justicia distributiva, poner á disposicion del salvaje á su opresor, para que obrase con él á su arbitrio. El indio se arrojó inmediatamente sobre el indefenso caribe con tal furia, que no quedó su venganza satisfecha hasta que no le hubo muerto á puñetazos y patadas: entonces arrancó la cabeza del cuerpo, y clavándola en un palo, la elevó en alto como trofeo de su venganza.

Niño y sus aventureros se dirigieron en seguida á isla Margarita, donde negociaron gran cantidad de perlas. Despues costearon hácia Cumaná, comerciando con gran cautela y artificio de puerto en puerto. Cuando los salvajes se presentaban en gran número, permanecian á bordo de su pequeño buque, y obligaban á aquellos á ir á buscarlos en sus canoas; pero si el país ofrecia alguna seguridad, solian bajar á la playa y aun internarse. Generalmente fueron bien tratados por los naturales: estos iban enteramente desnudos, y algunos llevaban brazaletes y collares de perlas, que entregaban á los españoles sin retribucion de ninguna especie, ó cambiaban por cuentas de cristal ó chucherias semejantes, causándoles gran risa ver que los españoles hiciesen tanto caso de las que ellos creian bagatelas (2).

Los aventureros estaban admirados de la magnitud y densidad de los bosques que vieron en aquella costa propios de regiones húmedas y calorosas, donde la vegetacion se desarrolla de un modo sorprendente. Oian en lo interior de su espesura gritos y ru-

(1) Declaracion de Bastides en el pleito de Diego Colon.

(2) Las-Casas, Hist. Ind., lib. I, cap. 171.

gidos de animales desconocidos que, seguramente, no eran muy dañinos, porque los indios atravesaban los bosques sin mas armas que el arco y las flechas. El hallarse allí venados y conejos, animales que no habían encontrado en las islas (1) les convenció de que aquella parte correspondía á Costa-Firme.

Niño y Guerra, agradecidos á la hospitalidad de los naturales de Cumaná, y complacidos del lucrativo comercio que habían hecho con las perlas, cuya mayor porción era de muy buen tamaño y de una perfecta belleza, permanecieron tres meses en aquellas costas.

Dirigiéronse despues hácia el Oeste, á un país llamado Cauchieto, negociando siempre con perlas y una clase de oro de inferior calidad que llamaban *guanin*. Por fin, llegaron donde había una especie de fortaleza, que protegía las casas y los jardines, situados á orillas de un río: gracioso conjunto, que pareció á los españoles la mas agradable morada que habían contemplado en su vida.

Preparábase para bajar á tierra y gozar de las delicias de aquel imaginario eden, cuando avistaron como unos mil indios, que se acercaban armados de arcos, flechas y clavos, y dispuestos á recibirlos como enemigos, excitados como estaban probablemente por la reciente visita de Ojeda. Como Niño y Guerra no tenían el carácter belicoso de este, y andaban mas de caza de provecho, que de gloria, tomando

en consideracion los intereses del rico comerciante de Sevilla se abstuvieron prudentemente de desembarcar abandonando aquellas hostiles costas, y volviéndose para continuar Cumaná su comercio de perlas. En breve recogieron gran cantidad, muchas de ellas de igual tamaño y belleza, que las mas célebres del Oriente y que á pesar de hallarse algo estropeadas por no haberlas agujereado con instrumentos á propósito, merecían alta estimación.

Satisfechos del buen éxito, se dieron á la vela para España, dirigiendo el rumbo hácia Bayona de Galicia, á donde llegaron salvos de todo accidente y anclaron á mediados de abril, año de 1500, cerca de dos meses antes de la llegada de Ojeda y sus socios, La Cosa y Vespucio (2).

Los mas afortunados viajeros al Nuevo Mundo tuvieron que sufrir disgustos á consecuencia del mismo buen éxito de sus expediciones. El considerable número de perlas que entregaron en pago de los derechos de la corona á la tesorería real, produjo desconfianza, en vez de favor.

Se les acusó de haber ocultado gran parte de las perlas, en perjuicio de sus compañeros y de la corona. Pedro Alonso Niño fue preso; pero como no había pruebas contra él, se le puso en libertad, gozando de la envidiable reputacion de haber concluido con felicidad el viaje mas rico que se había hecho hasta entonces al Nuevo Mundo (3).

## VICENTE YAÑEZ PINZON.

(1499)

Otro de los famosos aventureros cuya actividad despertaron las licencias concedidas para salir en expediciones particulares, fue el ilustre Vicente Yañez Pinzon, de Palos, uno de los tres valientes hermanos que acompañaron á Colon en su primer viaje, y expusieron con él sus vidas y fortunas.

De Martin Alonso Pinzon, el mayor y mas importante de estos tres hermanos, ya hemos hablado particularmente en la historia de Colon: los errores de su conducta le separaron del Almirante y atrajeron sobre él el desagrado de los reyes, causa que probablemente contribuyó á su prematuro y triste fin.

La desgracia en que se vió envuelta su familia no fue duradera. Las faltas de Martin Alonso quedaron como suele suceder, purgadas con la muerte; no sobreviviéndole sino sus buenas acciones. Sus méritos y servicios, y los de sus hermanos, fueron recompensados; sus descendientes volvieron á la gracia real. No tomaron parte en los siguientes viajes de Colon, por un sentimiento de celos; pero así que vieron abiertas las puertas para acometer empresas individuales, se presentaron á pedir el permiso de hacer un viaje á su costa y riesgo, que inmediatamente les fue concedido: como que su desavenencia con Colon, era una recomendacion para el obispo Fonseca.

Vicente Yañez Pinzon, capitaneaba aquella nueva empresa, y le acompañan dos sobrinos suyos llamados Arias Perez y Diego Fernandez, hijos de su hermano Martin Alonso Pinzon. Muchos de los marineros habían navegado con Colon, acompañándole en su último viaje á Pária: llevaba además consigo á tres de sus principales pilotos, Juan Quintero, Juan de

Umbria y Juan de Jerez. Así, todas estas pequeñas expediciones parecían consecuencia de los grandes viajes de Colon y tendían á realizar las ideas y los proyectos manifestados en los documentos que había remitido á España.

El armamento consistía en cuatro carabelas, armadas en el puerto de Palos. Los fondos de Vicente Yañez se agotaron del todo antes que esta escuadrilla se hallase completamente equipada; por lo cual tuvo que tomar á crédito las provisiones y artículos de comercio necesarios para la empresa. Los comerciantes de Palos supieron muy bien aprovecharse del carácter desprendido de los marineros y de las grandes esperanzas de los descubridores. En sus contratas cargaron al honrado Pinzon el ochenta y aun el ciento por ciento sobre el valor de los adelantos; y Pinzon hubo de someterse á sus exigencias, obligado por la urgencia del momento (4).

La escuadrilla salió al mar á principios de diciembre, año de 1499; y dejando atrás las Canarias y las islas de Cabo-Verde, se dirigió al Sudoeste.

Sobre setecientas leguas habían navegado, pasando luego el Ecuador y perdiendo de vista la estrella polar, cuando al atravesar la línea una horrible tempestad estuvo á pique de sumergir sus débiles embarcaciones. Disipada la tormenta, el cielo volvió á serenarse: pero los marineros permanecieron consternados, porque les imponía sobremanera la turbu-

(2) Navarrete, Colec. t. III, p. 11, Herrera, D. 1, libro IV.

(3) Pedro Mártir. Otros historiadores asignan á su llegada diferente fecha. Herrera dice que fue el 6 de febrero.

(4) Navarrete, tom. III. Véase el Doc. n. 7 en que Vicente Yañez Pinzon pide indemnización de estos perjuicios.

lencia espantosa de las olas y el siniestro aspecto del cielo. En vano miraban hácia el Sur en busca de alguna estrella, que les sirviese de guía para dirigir su rumbo; y se llegaron á figurar que una gran prominencia del globo impedía el verla. No conocían absolutamente nada del firmamento de aquel hemisferio, ni la magnífica constelacion llamada la Cruz del Sur pero esperaban hallar en el polo opuesto alguna estrella parecida á la Osa menor del Norte.

Sin embargo, como Pinzon estaba dotado de un alma intrépida, siguió resueltamente su curso hácia el Este, y despues de haber navegado doscientas cuarenta leguas, y estando á los ocho grados de latitud Sur, descubrió tierra á lo lejos el 28 de enero, llamándola Santa María de la Consolacion, porque su vista lo había consolado, en medio de sus dudas y perplejidades. Hoy se conoce con el nombre de cabo de San Agustín, y es la parte mas prominente del vasto imperio del Brasil.

El mar estaba tan descolorido y turbio como los rios; y habiendo echado la sonda, se encontraron sobrediez y seis brazas de agua. Pinzon bajó á tierra con un escribano y testigos, para tomar posesion formal del territorio en nombre de la corona de Castilla, sin que nadie se presentase á disputarle su derecho, á pesar de haber observado impresas en la arena huellas que parecían de gigantesca magnitud.

Por la noche vieron hogueras encendidas en la vecina costa, lo que indujo á Pinzon á mandar la siguiente mañana cuarenta hombres bien armados, que reconocieran el terreno. Una bandada de indios, iguales en número á los españoles, salieron á su encuentro, pertrechados de arcos y flechas: su estatura era extraordinaria. A lo lejos se veían muchos mas, á modo de cuerpo de reserva, prontos á acudir en socorro de sus compañeros.

Colocáronse los indios en orden de batalla, y de ambas partes se estuvieron observando por algun tiempo con mútua curiosidad y desconfianza. Los españoles mostraron á los salvajes una porción de objetos propios para llamar su atencion; espejos, cuentas y otras varias cosas, sin olvidar los cascabeles, cuyo sonido tan armonioso parecia á los habitantes del Nuevo Mundo; pero ellos miraron todo aquello con desprecio, sin fijar la vista mas que un momento y permaneciendo luego en la mas estóica gravedad. Su aspecto era feroz y su disposicion belicosa: tal vez pertenecían á esas razas vagamundas de extraordinaria estatura que hacían de noche sus escursiones; y tenían un carácter feroz é intratable. Desde que oscureció, no se dejó ver ningun indio en las cercanías.

Desanimado con la poca hospitalidad de aquellos salvajes, dirigió Pinzon su rumbo hácia el Nordeste, tropezando con la boca de un rio de poca profundidad para poder anclar sus buques. Envió las lanchas á tierra llenas de gente armada; y luego que estos desembarcaron, distinguieron multitud de indios desnudos en una altura.

Un español solo, armado de escudo y espada, se adelantó hácia ellos, ofreciéndoles su amistad: les arrojó algunos cascabeles, y ellos correspondieron á su invitacion arrojándole una barra de oro. Bajóse el soldado para cogerla; pero una tropa de salvajes le asaltó de improviso, echándose sobre él para capturarle. El español tomó la defensiva, y á pesar de ser hombre de poca estatura y nada robusto, supo con su espada y rodela evitar tan diestra y ágilmente los golpes, que mantuvo á los salvajes á una respetuosa distancia, formando un ancho círculo á su rededor é hiriendo á varios que intentaron acercársele. Su inesperada valentia, sorprendió y confundió á los salvajes, y dió tiempo para que sus compañeros viniesen en su ayuda. Los indios entonces dieron el asalto general, descargando tal inmensidad de flechas y dar-

dos, que inmediatamente sucumbieron ocho ó diez españoles, quedando muchos mas heridos.

Estos últimos se retiraron á sus botes, disputando el terreno palmo á palmo. Persiguéronles los indios hasta dentro del mar; rodeando las lanchas y apoderándose de los remos. Los españoles se defendieron desesperadamente: atravesaron á unos con sus lanzas, y á otros los destrozaron con las espadas; pero tal era la ferocidad de los que sobrevivían, que persistiendo en su ataque, lograron vencer á la tripulacion de una lancha, y llevársela en triunfo. Con esto se retiraron del combate, y los españoles volvieron á sus buques en completa derrota, y desalentados por haber hallado peor acogida que ningun viajero. Pinzon navegó cuarenta leguas hácia el Nordeste; hasta llegar á las cercanías de la línea equinocial; allí encontró el agua tan dulce y fresca, que llenó sus toneles. Admirado de aquel singular fenómeno se acercó á tierra, y se encontró en medio de un grupo de hermosas y verdes islas, habitadas por una raza hospitalaria. Los naturales, pintados de colores vivos, vinieron hácia los buques con la mas sincera y alegre confianza. En breve advirtió Pinzon que aquellas islas estaban situadas á la embocadura de un inmenso rio de mas de treinta leguas de ancho, cuyas aguas no perdían su dulzura hasta cuarenta leguas mar adentro. Efectivamente, era el famoso Marañon ya conocido, como el Orellana y el de las Amazonas. Mientras estaban en la boca del rio, repentinamente se elevaron las aguas mas de cinco brazas, produciendo un ruido espantoso causado por las corrientes opuestas y la estrechez de los canales y levantando montes de espuma, que parecia se iban á tragar las embarcaciones. Costó mucho á Pinzon sacar de tan peligroso sitio su pequeña armada, no hallando allí mas que muy poco oro, sin otra cosa digna de apreciarse. Pagaron la hospitalidad de los indigenas, como se pagaba entonces esta por los viajeros; llevándose treinta y seis cautivos.

Habiendo por fin avistado la estrella polar, continuó Pinzon su curso á lo largo de la costa; pasó las bocas del Orinoco, y entró en el golfo de Pária, donde desembarcó para cortar palo del Brasil.

Saliendo luego por la boca del Dragon, llegó á la Española el 23 de junio, y de allí zarpó hácia las Bahamas, en donde ancló en el mes de julio, sufriendo un violento huracan. Dos caravelas se perdieron con toda su tripulacion, á la vista de los demás expedicionarios horrorizados; la tercera rompió los cables y cedió al empuje del temporal, mientras los terribles golpes de mar que experimentaba la cuarta, hicieron que la tripulacion se arrojase á las lanchas y ganase la orilla. Encontraron allí algunos indios desnudos, que no los molestaron; pero temiendo que llevasen la noticia del naufragio á los salvajes, sus vecinos, y que estos los acometiesen, se reunieron en consejo de guerra para deliberar, si seria prudente precaucion deshacerse de ellos con la muerte.

Afortunadamente para aquellos pobres indios, el buque que había arrastrado las olas volvió y puso fin á sus temores, disolviéndose en seguida el consejo. La otra carabela sufrió la tempestad sin mayor detrimento. Luego que el mar se calmó, se reembarcaron los españoles y bogaron á toda prisa hácia Santo Domingo: allí repararon sus averías, y en seguida se hicieron á la vela para España, fondeando en Palos á fines de setiembre.

De este modo concluyó el mas desastroso viaje de cuantos se habían hecho al Nuevo Mundo. Yañez Pinzon había perdido dos vajeles y la mayor parte de su tripulacion; y lo que mas amargaba tal pérdida, era que la gente había sido reclutada entre sus amigos, vecinos y parientes. Aquella desgraciada expedicion realizó los temores de los habitantes de Palos, llevando la poblacion de viudas y huérfanos. Los ricos

(1) Navarrete, tom. III, pág. 14.

comerciantes, que habian prestado á Pinzon efectos al ciento por ciento de ganancia y le vieron llegar con dos miserables barcos y una porcion de infelices marineros maltratados, temblaron por sus intereses. Tan pronto como Pinzon y sus sobrinos salieron para Granada á dar parte al gobierno de sus descubrimientos, los comerciantes se apoderaron de las carabelas y vendieron el cargamento para indemnizarse.

El honrado Pinzon elevó instancia al rey, manifestando la imposición á que se le habia sometido y el peligro en que estaba de ser preso y quedar completamente arruinado si se permitía á sus acreedores vender los efectos en pública subasta. Suplicaba por tanto que se les obligase á devolver los bienes de que se habian apoderado y se le permitiera vender trescientos quintales de palo del Brasil, con lo que bastaba para sa-



Desesperado choque de españoles é indios.

tisfacer sus débitos. El rey le otorgó lo que pedia. Se expidieron inmediatamente órdenes á las autoridades civiles de Palos, para que entendiesen en la materia sin la menor dilación ni entorpecimiento, administrando justicia sin vulnerar los intereses de ninguna de las partes.

Pinzon escapó con bien de las manos de sus acreedores, mas no así de las de la justicia; que en España es capaz de arruinar al mas dichoso de los litigantes, á fuerza de expedientes y protocolos. Inferimos esto, del permiso que se le concedió al año siguiente, para exportar una cantidad de granos, apoyándose en las graves pérdidas que habia sufrido en su último viaje al Nuevo Mundo. Cúpole igual suerte que á los demás viajeros españoles; los cuales, á consecuencia de los adelantos que necesitaban, concluían por arruinarse; pero siempre se le distinguirá entre todos, como que fue el primer europeo que cruzó la línea equi-

noccial en el Océano Occidental, y descubrió el grande imperio del Brasil (1).

(1) El 3 de setiembre de 1501 se concedió real permiso á Vicente Yañez Pinzon para colonizar y gobernar los territorios que habia descubierto, que comenzaban desde el rio de las Amazonas y se extendian hasta el cabo de San Agustín. El objeto del gobierno al conceder este permiso fue establecer en aquella frontera meridional un puesto avanzado á las órdenes de un gefe resuelto que contuviera las incursiones que pudieran hacer los portugueses á consecuencia del descubrimiento accidental de una parte de la costa del Brasil por Pedro Alvarez Cabral en el año 1500. La demarcación de fronteras entre los dos países hizo innecesaria esta precaución, y no parece que Vicente Yañez emprendiese ningun otro viaje á aquellas regiones.

En 1506 hizo una expedición en compañía de Juan Diaz de Solís natural de Lebrija, cuyo objeto era buscar el estrecho ó paso que segun Colon conducia desde el Atlántico al mar del Sur. Esta expedición no tuvo como era natural

## DIEGO DE LEPE

Y  
RODRIGO DE BASTIDES.

(1500)

A pesar de los trabajos y desastres que experimentaron siempre los viajeros del Nuevo Mundo, y de la penuria que era consiguiente á los dispendiosos anticipos que les hacian, la manía de las aventuras continuaba, por las noticias que corrian de nuevas regiones descubiertas, en las cuales cada uno de por sí imaginaba hallar la tierra de promisión. Apenas hubo Vicente Yañez Pinzon emprendido el viaje que queda mencionado, cuando su paisano Diego de Lepe salió con dos buques, y con el mismo objeto del pequeño puerto de Palos. Nada de particular se cuenta de este viaje, sino es que Lepe dobló el cabo de San Agustín, y observó que el continente del Sur se extendía mucho hácia el Sudoeste. A su vuelta á España presentó al obispo Fonseca un mapa de aquella costa, y estuvo por mas de diez años reputado, como el viajero que mas se habia adelantado al Sur.

Otro aventurero contemporáneo fue Rodrigo de Bastides, acomodado escribano de Triana (barrio de Sevilla). Con el permiso de los reyes, previa cesion de una cuarta parte de las ganancias, armó dos carabelas, y salió á buscar oro y perlas en octubre de 1500.

Desconfiando prudentemente este escribano aventurero de sus conocimientos náuticos, llevó consigo al veterano piloto Juan de la Cosa, que habia navegado con Colon y con Ojeda. Ya se ha dado en la vida de Colon una idea general de este viaje, el cual extendió los descubrimientos de Costa-Firme desde el cabo de la Vela, adonde habia llegado Ojeda, hasta el puerto de Nombre de Dios.

Bastides se distinguió de los demás viajeros, por lo bien que trató á los naturales y Juan de la Cosa por su profunda discrecion é inteligencia. Su viaje fue felicísimo: negociaron gran cantidad de oro y de riquísimas perlas; pero repentinamente su prosperidad sufrió un ataque terrible; pues con gran sorpresa, reconocieron que el fondo de los buques estaba agujereado por el broma, gusado que abunda en las aguas de la zona torrida, del cual apenas tenían una ligera

éxito ninguno, ni tampoco otra que hicieron con el mismo objeto en 1508; pero como no existe semejante paso, no puede culpárse á éstos hábiles navegantes por no haberlo encontrado.

Para premiar los distinguidos méritos y servicios de la familia de Pinzon, el emperador Carlos V elevó á sus individuos á la dignidad de hidalgos, dándoles por armas tres carabelas con una mano, señalando á una isla cubierta de salvajes. Todavía conserva la familia este escudo de armas al cual ha añadido el mote concedido á Colon, sustituyendo el nombre de Pinzon al del Almirante, y así dice:

A Castilla y á Leon,  
Nuevo mundo dió Pinzon.

noticia. A costa de grandes dificultades pudieron llegar á un islote, próximo á la Española. Allí retocaron los buques lo mejor que les fue posible, y zarparon con direccion á Cádiz. Los temporales los hicieron retroceder al mismo puerto. Como el broma continuaba en su destructor ejercicio, los agujeros se acabaron de abrir; se desembarcó lo mas manejable y precioso del cargamento, y los bajeles se fueron á pique con lo demás. Bastides perdió las armas y municiones que se salvaron del naufragio; pues hubo que inutilizarlas, para que no cayesen en manos de los indios.

Distribuyó su gente en tres partidas; de las cuales una mandaba él y otra Juan de la Cosa; y por tres senderos distintos se dirigieron á Santo Domingo, pues el país no proporcionaba comodidad para viajar tanta gente junta. Cada partida llevaba un cofre lleno de bagatelas, á propósito para obtener provisiones de los indios.

Francisco de Bobadilla, el injusto perseguidor de Colon, estaba entonces de gobernador en Santo Domingo. Llególe la noticia de que una tropa de aventureros habia desembarcado en la isla, y se adelantaba en tres distintas direcciones, provista cada una de un cofre de oro, y haciendo un comercio ilícito con los naturales. Por tanto, en el momento en que Bastides se presentó, le prendieron y formaron causa. En su defensa hizo ver que el comercio con los naturales, no habia sido mas que para procurarse provisiones y guias.

Determinóse, sin embargo, mandarle á España bajo partida de registro, y se le trasportó en la misma flota que se embarcó Bobadilla, la cual sufrió un horroroso temporal, naufragando la mayor parte de los buques á la vista de Colon. Aquel á cuyo bordo iba Bastides fue uno de los pocos que se salvaron de la tempestad, llegando á Cádiz en setiembre de 1502. Ultimamente, Bastides fue absuelto de las acusaciones que se le hacian.

De los productos de su viaje, á pesar de la pérdida de los buques, pagó una considerable suma á la corona, y le quedó un buen capital. En premio de sus servicios, le señalaron los reyes una renta anual sobre los rendimientos de la provincia de Uraba, que él habia descubierto. Igual pensión fue asignada al intrépido Juan de la Cosa, como procedente del mismo territorio, del cual fue nombrado Alguacil Mayor. (1) Ceñáse, por lo visto, la económica gratitud del rey Fernando, á recompensar las fatigas de los descubridores, con los productos que esperaba recoger de sus trabajosas faenas.

(1) Navarrete, Colecc. t. III.

## ALONSO DE OJEDA.

(1502)

Ya hemos hablado del primero y desgraciado viaje de Ojeda á la costa de Pária, que tuvo fin en junio de 1500. No ganó nada en intereses en aquella expedición, pero sí en nombradía y celebridad, como atrevido y hábil aventurero. Su fogosa juventud, su carácter emprendedor y las maravillosas historias que se contaban de su actividad y proezas, le hicieron sumamente popular; tanto que su protector, el obispo Fonseca, no encontró dificultad en proporcionarle la protección de los reyes. En consideración á sus pasados servicios, y á los nuevos que se esperaban de él, se le concedieron seis leguas de terreno en la parte del Sur de la Española, y el gobierno de la provincia de Coquibacoa que había descubierto. Estaba además autorizado para equipar á sus expensas, un cierto número de bajeles que no pasase de diez, y para proseguir en el descubrimiento de Costa-Firme sin tocar ni traficar en las costas de Pária, ni en los alrededores de la bahía de la isla Margarita. Fuera de esto, podía negociar en toda especie de mercancías, perlas, joyas, metales y piedras preciosas, pagando un quinto á la corona, y absteniéndose de reducir á esclavitud ningún indio, sin el permiso expreso de los soberanos. Debía colonizar á Coquibacoa y en recompensa gozar de la mitad de los productos del territorio, con tal que no pasasen de 300,000 maravedises; el exceso debía ingresar en el tesoro.

La razón principal para conceder aquel gobierno y aquellos privilegios á Ojeda, fue el haber hallado este en su primer viaje en las cercanías de Coquibacoa á unos viajeros ingleses, que también iban de descubridores, lo que alarmó mucho á los reyes. Por esto deseaban tener en aquel punto un comandante resuelto y batallador como Ojeda, al cual ordenaron que en cualquiera parte donde desembarcase, pusiera las armas de Castilla y Leon en señal de posesión, con lo que creían evitar la introducción de los ingleses (1).

Llevando estos despachos en el bolsillo, y teniendo ante sí la perspectiva de tierras y un gobierno en América, pronto encontró Ojeda socios que le ayudasen. Estos fueron Juan de Vergara, mayordomo de un rico canónigo de la catedral de Sevilla, y García de Campos, llamado generalmente Ocampo. Hicieron un contrato de asociación por dos años; estipulando, que todos los gastos y provechos de la expedición y del susodicho gobierno, habían de ser divisibles entre los tres por partes iguales. Los bolsillos de los confederados no estaban provistos de manera que pudiesen armar diez vajeles; pero sí armaron cuatro: Santa María de la Antigua, mandada por García del Campo; Santa María de la Granada, mandada por Juan de Vergara; la carabela Magdalena, mandada por Pedro de Ojeda, sobrino de Alonso; y la carabela Santa Ana, mandada por Hernando de Guevara. Alonso de Ojeda mandaba las cuatro. La expedición

(1) Navarrete, t. III, doc. X.

se dió á la vela en 1502, tocando en las Canarias, como de costumbre, para tomar provisiones, y dirigiendo despues su rumbo al Occidente en busca de las playas del Nuevo Mundo.

Despues de haber atravesado el golfo de Pária, y antes de llegar á la isla Margarita, la carabela Santa Ana, mandada por Hernando de Guevara, se separó de las demás y por espacio de muchos dias se anduvieron buscando unas á otras en aquellos silenciosos y no surcados mares. Luego que lograron reunirse, observaron que las provisiones se disminuían considerablemente; por esta razón, bajaron á tierra en un paraje de la costa llamado por los naturales Cumaná; al cual, por su belleza y fertilidad, dió Ojeda el nombre de Valfermoso. Mientras andaban recogiendo lo necesario para su alimento, le ocurrió á Ojeda la idea; de que, necesitando muebles y utensilios de todas clases para su presunta colonia, era mejor robarlos en un paraje donde estaban de tránsito, que no tomarlos violentamente de los habitantes del territorio donde iba á establecerse su gobierno. Sus compañeros se admiraron de la política, sino de la justicia, de esta idea, é inmediatamente pusieron todos manos á la obra. Se dispersaron emboscándose, y á una señal convenida se arrojaron repentinamente sobre los pobres indios. Ojeda dió sus órdenes prohibiendo que se les hiciese daño, y sobre todo, mandando que se respetasen sus habitaciones; sus compañeros, sin embargo, por un exceso de celo, traspasaron sus mandatos. Mataron siete ú ocho indios, hirieron á varios en la refriega, y una porción de cabañas fueron presa de las llamas. Gran cantidad de hamacas de algodón y utensilios de varios géneros cayeron en poder de los conquistadores; también cogieron algunas indias; de las cuales, unas fueron rescatadas con el oro que llamaban *guanín*: otras se reservó Vergara para él y su amigo Ocampo; otras se distribuyeron entre la tripulación, y á las restantes, probablemente las viejas y feas, se les dió libertad. Ojeda no tomó para sí de este saqueo, mas que una simple hamaca.

El rescate que los pobres indios pagaron por algunas de sus mujeres y efectos, produjo á los españoles una pequeña cantidad de oro; el país no era tampoco á propósito para abastecerlos, por lo cual Ojeda tuvo que despachar á Vergara con su carabela en busca de viveres á la Jamayca, previniéndole se reuniese con él en Maracaibo, ó cabo de la Vela.

Al fin llegó Ojeda á Coquibacoa, puerto destinado para su gobierno. Encontró el país tan estéril y tan pobre, que siguió á la largo de la costa hasta una bahía llamada Santa Cruz, probablemente la misma que hoy se llama Bahía Honda, donde hallaron un español que había dejado Bastides en la provincia de Citarma hacia tres meses; el cual, por permanecer todo este tiempo entre los indios, había aprendido su idioma.

Ojeda determinó establecerse allí; pero los naturales estaban determinados á defender su territorio. No bien desembarcaron los de una partida en busca

de agua, cuando una lluvia de flechas los obligó á volverse á bordo. Ojeda saltó entonces en tierra con toda su gente, é infundió tal terror en los indios, que se humillaron pidiendo su amistad y presentado como prenda de paz, gran cantidad de oro, que fue admitida con gran complacencia.

Ayudado Ojeda por sus compañeros, empezó á trabajar á fin de formar un establecimiento, cortando árboles y dando principio con la construcción de una fortaleza. Apenas habían empezado, cuando los atacó un cacique vecino; pero los españoles cayeron sobre él con tal ímpetu, que no solo le derrotaron, sino que le obligaron á dejar las cercanías. En seguida procedió Ojeda tranquilamente á la conclusión de su fortaleza, defendida por lombardas y destinada á guardar el almacén de provisiones y el tesoro recogido durante la expedición. Las provisiones se repartían dos veces al día, bajo la inspección de oficiales nombrados al efecto; el tesoro recaudado, procedente del tráfico, rescates ó saqueos, estaba depositado en una caja fuerte de hierro con dos llaves, una que tenía el superintendente y otra Ocampo.

Entre tanto, iban escaseando los viveres. Los indios no se presentaban en derredor de la fortaleza sino para molestarla con sus repetidos, aunque infructuosos ataques. Vergara no llegaba de Jamáica: fue preciso mandar una carabela en su busca. La gente, sufriendo mil trabajos y privaciones, empezaba á disgustarse del establecimiento, porque estaba situado en un país mal sano y pobre. El temor de perder los medios para volver á su país los exasperaba; porque veía los buques expuestos á ser carcomidos por el broma ó gusano. Varias veces les permitió Ojeda salir á merodear por los campos vecinos, para procurarse comestibles y botín en las poblaciones indias. Los productos de estas correrías los depositaba en el almacén; despues de haber repartido parte de los despojos entre sus compañeros, el oro lo encerró en la caja fuerte, guardando él las dos llaves, con gran disgusto del superintendente y de su socio Ocampo. Las quejas de la gente crecían á proporción que se aumentaban las privaciones, y ya le hicieron comprender á Ojeda que no tenía autoridad sobre aquella parte de la costa, porque había traspasado los límites de su gobierno, estableciéndose en un país descubierto por Bastides. Cuando Vergara llegó de Jamáica, las disposiciones de la pequeña colonia no podían ser mas hostiles. Ocampo era enemigo personal del gobernador, probablemente á causa de alguna controversia sobre la caja; y como tenía con Vergara particular amistad, conferenciaron en secreto y trazaron ambos un plan para enredar al valiente Ojeda. A fin de realizarlo, convidaron á este para que fuese á la carabela á ver las provisiones que había traído Vergara de Jamáica; mas luego que estuvo á bordo, le reconvinieron por haber salvado las barreras puestas á su gobierno, provocando las hostilidades de los indios y sacrificando inútilmente las vidas de sus compañeros; y sobre todo por haberse apoderado de la caja, en menosprecio de la autoridad del interventor régio, lo que probaba su intención de hacerse dueño de los productos de la empresa: le hicieron entender que estaban decididos á llevarle

preso á la Española, para dar cuenta al gobernador de sus faltas. Viéndose Ojeda cogido en la red, propuso á Vergara y á Ocampo, que se volvieran á España con la gente que quisiera acompañarlos, quedándose él con el resto para proseguir su empresa. Los descontentos amigos al pronto consintieron, porque ya estaban disgustados de una especulación que ofrecía poco provecho y mucho trabajo. Conviniéron en dejar á Ojeda la mas pequeña de las carabelas, con una tercera parte de las provisiones y ganancias, y construir una barca grande para él. Inmediatamente pusieron manos á la obra; pero antes de diez dias ya se habían arrepentido del contrato: los carpinteros estaban enfermos; no había calafates, y además, habiendo faltado Ojeda á las estipulaciones hechas con la corona, el volver sin él á España, seria exponerse á pagar por él como fiadores suyos. Decidieron en consecuencia, que el mejor plan era, no darle nada, y conducirlo preso á la península.

Cuando Ojeda supo la determinación de sus compañeros, trató de huir á Santo Domingo; pero le cogieron, le cargaron de cadenas y le condujeron á bordo de una carabela, zarpando de Santa Cruz, llevándose consigo toda la gente, al gobernador preso y la caja, origen del litigio.

Salieron al mar á principios de setiembre, arribando á la parte occidental de la isla Española. Anclaron á tiro de piedra de la playa, y Ojeda confiado en su fuerza y en su habilidad como nadador, se dejó escurrir al agua durante la noche por un costado del buque, y trató de nadar hácia la orilla. Tenía los brazos libres, pero no los piés, y el peso de las cadenas le iba sumergiendo. Vióse, pues, obligado á pedir auxilio; echaron un bote al agua para recogerle, y el desgraciado gobernador tuvo que volver á bordo, medio ahogado, y continuar en poder de sus inexorables compañeros (1).

Estos últimos desembarcaron y dejaron al prisionero en manos de Gallego, comandante de aquel punto, para que lo pusiera á disposición del gobernador de la isla. Entre tanto, la caja fuerte, que era la causa de todas estas querellas, permaneció en poder de Vergara y Ocampo: los que, segun Ojeda dice, tomaron de ella cuanto quisieron, sin ningún miramiento por el real tesoro y sin la auencia del superintendente. A fines de setiembre de 1502, estaban en Santo Domingo el preso y los acusadores; el juez principal de la isla, despues de haber oido las dos partes, dió sentencia contra Ojeda, despojándole de sus efectos y declarándole deudor á la corona.

Ojeda apeló al soberano; y pasado algun tiempo, fue honrosamente absuelto por el consejo real, de todos los cargos que se le habían hecho, expidiéndose en 1503 una orden para restituirle lo que le pertenecía. Sin embargo, las costas del proceso absorbieron el dinero que le adeudaba la caja fuerte, y fue precisa otra real orden para sacarle de las manos del gobernador. De suerte que como tantos otros litigantes, salió de las manos de la justicia triunfante, pero arruinado.

(1) Hist. Gen. de Viajes. Herrera, Hist. Ind.